

Diàlegs

El *pasado presente* de la revolución A cien años de la Revolución Rusa

JUAN ANDRADE (*Universidad de Extremadura*)
Y GUILLEM MARTÍNEZ

El tema escogido en esta ocasión para la sección de «debates y diálogos» es el de la Revolución rusa. A lo largo de 2017, con motivo de su centenario, se han organizado numerosos congresos a escala tanto nacional como internacional. Asimismo, han aparecido en el mercado editorial español un número elevado de obras, más de medio centenar. Es cierto que, atendiendo a los autores y los títulos, el conjunto de lo publicado tiene un carácter muy variado. Así, incluye desde reediciones de obras clásicas escritas por protagonistas de aquella revolución hasta trabajos historiográficos publicados con anterioridad y que han sido hoy de nuevo recuperados, pasando también por la aparición de nuevas investigaciones sobre este asunto.

Agradecemos al historiador Juan Andrade y al periodista Guillem Martínez –coeditor el primero y coautor el segundo de uno de los libros publicados con motivo del centenario de la Revolución—¹ que hayan aceptado nuestra propuesta de protagonizar este diálogo en *Segle XX*. Nos parece que el resultado es un estimulante intercambio de interrogantes y reflexiones sobre el pasado y el presente de la revolución.

¹ Juan Andrade y Fernando Hernández Sánchez (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Akal, Madrid, 2017.

Guillem Martínez (G. M.). Acabas de publicar un libro, del que eres editor, sobre la Revolución rusa. Hablemos del entorno del libro...

Juan Andrade (J. A.). Bueno, acabamos de publicarlo, porque tú también te encuentras entre los autores. Es, como bien sabes, un libro colectivo que coordinamos mi compañero Fernando Hernández y yo, con veinticinco aportaciones contando la de Fernando y la mía. Es un libro que pretendía ofrecer algo distinto a lo que intuíamos que iba a publicarse y, en ese sentido, estamos contentos, aunque la valoración importante corresponde a los lectores. Este año del centenario se han publicado libros que llevaban tiempo sin circular, además de nuevas monografías. En unos casos y en otros no han dejado de abundar aquellos que reproducen el viejo tono moralizante y recriminatorio de la Guerra Fría y el período posterior, en la línea de los muchos *libros negros* del comunismo que solo han puesto el acento en su, por otra parte insoslayable, violencia. En nuestro caso, queríamos ofrecer un libro que aunase la perspectiva crítica con una visión más poliédrica, que pusiera el acento en esa pero también en otras dimensiones de la Revolución. Es también un libro, como sabes, que no respondía al agrupamiento de textos ya escritos, sino que surgía de pedirles a los autores y autoras la elaboración de trabajos sobre temas concretos que al final fueran complementarios, con la idea de que el resultado final no diera esa sensación de dispersión o miscelánea que suelen mostrar los libros colectivos. Creo que al final, aunque hubo reajustes con respecto a las peticiones iniciales, el libro tiene ese sentido de conjunto, gracias a la suma de unos trabajos que, si bien son complementarios desde un punto de vista temático, no lo son tanto desde el punto de vista de las valoraciones o las interpretaciones, pues desde el principio queríamos incorporar planteamientos y perspectivas distintos e incluso confrontados. Por otra parte, la mayoría de quienes participan en este libro son historiadores, pero también hay gente que proviene de otros oficios, de otros gremios, del periodismo y la literatura, como es tu caso, de la filosofía, del mundo del arte, etc. Y la mayoría de ellos son de aquí, pero también hay autores de Italia, Francia, México, Bolivia y otros lugares. Dicho esto como editor del libro, quería preguntarte qué te parece a ti como coautor.

G. M. A mí me parece un libro muy prismático y muy raro. Vamos, que sorprende, que los autores te ofrecen incluso opciones inesperadas. El comunismo en España para es para mí un interrogante muy amplio, incluso ahora que hay todavía un hijo del comunismo, el PCE. Me dio mucho morbo también participar

con amigos que son del PCE de toda la vida, como Constantino Bértolo –creo que es la única persona de mi entorno que se define como leninista–, y tener la ocasión de discutir con ellos de nuestros propios artículos, y eso me gusta mucho.

J. A. Claro, esa es una de las mejores razones por las que publicar un libro colectivo, poner a discutir a los autores...

G. M. Ha habido aquí, en España, un fenómeno de publicación de libros sobre la Revolución rusa que supera en número y escala a lo que se ha publicado en Francia o Italia. ¿Cómo se explica eso?

J. A. Pues no lo sé, tengo ganas de estudiarlo porque a mí también me ha sorprendido. No pensé que fueran a aparecer tantos libros sobre el tema ni que los libros que fueran a salir aquí superasen en número a los que han sido publicados en otros lugares, como el caso que citas de Italia, donde hay una tradición cultural comunista, una tradición teórica comunista y de revisión teórica del comunismo, más solvente que la de aquí (aunque, dicho sea de paso, sea una tradición que, en términos políticos prácticos, fue abortada o está en declive). En cualquier caso, no sé a qué ha podido deberse esta relativa eclosión de títulos en las librerías españolas; quizá al peculiar momento del país, donde en los últimos años se ha abierto una perspectiva de cambio fuerte, hoy también a la baja. Puede que en el mundo editorial hubiera quienes estuvieran pensando que el tema de la Revolución rusa iba a penetrar en los debates políticos y mediáticos, aunque fuera con el habitual histrionismo y presentismo de las tertulias más pedestres, para ser utilizado como arma arrojadiza contra opciones que, muy forzosamente, cabría vincular con esa tradición. Pero, si se estaba pensando en eso, al final no ha dado resultado, porque creo que el tema de Catalunya ha terminado acaparando toda la atención pública. Y si no fuera esa una de las razones fundamentales que hayan podido llevar a la publicación de tantos libros, me encantaría constatar que hay tanta gente interesada, *motu proprio*, en estos temas; que así como se habla de un voto oculto, generalmente uno conservador, hubiera también un lector oculto sobre estos temas, espero que en este caso con una actitud nada conservadora.

G. M. Si me permites la adulación pública, me gustó mucho tu texto introductorio, y aquí va la pregunta. Estos últimos años estoy fascinado por algo que no había conocido nunca en este país, seguramente por motivos biográficos, y es que, claro, yo era joven y he dejado de serlo, y al dejar de serlo he conocido a las generaciones que ahora estoy conociendo, generaciones jóvenes y, por mi parte, no calculadas. Una verdadera sorpresa. ¿Puedes hablarme, en ese sentido, de tu prólogo? ¿Puedes hablarme de ti, de dónde diablos os habéis formado? Y no hablo de la academia, sino de formación real, vital, intelectual de la vida.

J. A. Bueno, a mí me cuesta identificarme con mi generación, aunque uno pertenece de manera inevitable a su generación, más quizá de lo que piensa y muchas veces a pesar de uno mismo. En cualquier caso, creo que la gente a la que

te refieres, en la que sí podría encuadrarme voluntariamente, formábamos una exigua minoría en términos académicos, culturales y, por supuesto, políticos con anterioridad al 15-M, y utilizo la fecha en un sentido puramente simbólico. Sin embargo, con la amplitud del horizonte de pensamiento, con la generalización de una nueva perspectiva crítica y con la ruptura cultural que trajo consigo eso que llamamos 15-M, se abrió un espacio más libre y más rico de interlocución entre quienes veníamos de estas tradiciones minoritarias y nuestra propia generación, y es ahí donde la voz de esta «fracción» generacional se ha podido enriquecer al hacerse común y desde donde ha podido verse amplificada. Sin dejar de ser minoritarios en ningún momento, esa mezcla con lo común, esa comunión, nos permitió salir de los ambientes aún más minoritarios en los que nos movíamos.

G. M. ¿Políticos?

J. A. Sí, sí, ambientes políticos en su sentido amplio, no me refiero solo a espacios orgánicos, aunque muchos también participábamos en ellos. Me refiero a la política con mayúscula, a la que se venía haciendo en universidades, barrios, entornos laborales precarios o asociaciones culturales. Ahí nos formamos aquellos a quienes creo que te refirieras. Se trataba de espacios generalmente pequeños, que ocasionalmente se ampliaban para ejercer una influencia considerable sobre la dinámica social, por ejemplo en la segunda legislatura de Aznar con el repunte de la movilización. Se trató de espacios ricos pese a que arrastraban, ciertamente, los sectarismos típicos de todas las pequeñas tribus o capillas, espacios que algún día habrá que historiar frente a esa idea que sugiere que entre la Transición (o si acaso las luchas contra la reconversión en los años ochenta) y el 15-M apenas hubo movilización y experimentación alternativa. Sin embargo, como te digo, el giro político-cultural que simbólicamente podemos fechar en torno al 15-M abre un nuevo espacio de encuentro que te obliga a cambiar el tono de voz y donde surge un nuevo campo semántico en el que la interlocución con tu propia generación se vuelve más fácil. De fondo está, más allá de lo semántico, la experiencia socialmente unificadora que para casi toda esta generación trajeron la crisis económica y la movilización social contra la salida que se le quería dar. Pero, si te digo la verdad, es algo en lo que no había pensado hasta que me lo has preguntado...

G. M. El libro habla de revolución. ¿Qué significó esta revolución en España y qué queda de ella o cuándo se extinguió?

J. A. En España significó muchas cosas, como en buena parte del mundo, porque España era ya entonces parte del mundo. Significó cosas distintas, dependiendo de la posición política y sobre todo social de cada cual. Para el poder supuso una amenaza, sin duda, de tal forma que va a leer el acontecimiento, ya sea por una conciencia muy estrecha del mismo o por interés propagandístico, como una amenaza que viene de fuera o, si acaso, como una amenaza que, procedente del exterior, trata de penetrar de manera más sibilina a través de varios caballos de

Troya, como los que a su modo de ver representaban los partidos de obediencia tercerista, los sindicatos o el mundo radicalizado de la cultura. Algo de eso pudo haber, pero creo que la Revolución soviética de 1917 representó para España algo distinto. Creo que fue, si vale la metáfora, un reactivo o una levadura aplicados sobre una sustancia que ya formaba parte del propio cuerpo del proletariado y de las clases subalternas españolas, que es la sustancia de la revolución social. La fecha emblemática de la revolución de 1917, después de la de febrero, es la de octubre. Sin embargo, en España, en agosto de aquel mismo año, antes de octubre, había tenido lugar una huelga general de cariz revolucionario que puso en jaque al régimen de la Restauración y certificó la irrupción del proletariado como un sujeto histórico importante. Pero, además de eso, creo que lo que da potencia internacional a este acontecimiento de 1917 en Rusia tiene que ver con la lectura ambivalente que hacen de él los sectores subalternos de todo el mundo, una lectura en que las valencias se complementan y se multiplican. Esa potencia se debe a que el acontecimiento es percibido como un hecho tan novedoso como hijo de la tradición popular, con momentos análogos en la toma de la Bastilla y la Comuna de París. Y esa potencia tiene que ver con la proyección de ilusiones y anhelos propios sobre este acontecimiento tan remoto, sobre todo cuando la información que de allí llega está muy desdibujada por las posibilidades comunicativas de la época. Entonces lo que se hace es un encaje entre esa información que se recibe de manera fragmentaria y la imaginación política propia. Eso explica que tanta gente se formara una imagen física del asalto al Palacio de Invierno cuando no hubo imágenes instantáneas del momento, antes incluso de que sobre esta imaginación se superpusieran, como si fueran reales, los fotogramas de la película de Eisenstein. Y eso explica, como bien recoges en tu artículo, que la CNT lo respaldase, porque lee inicialmente la Revolución de Octubre como una revolución bakuninista. Así que hablemos de tu artículo.

G. M. Bueno, mi artículo es sobre anticomunismo, y simplemente me pareció reconocer que el primer anticomunismo de cierta entidad política e intelectual que hubo no solo en España, sino creo que también en Europa, fue el libertario, el anarquista. Y el castellano dispone de la primera frase al respecto. Leyéndola en su contexto, me pareció, aunque no soy historiador, que eran diferencias muy baladíes, diferencias de carácter, para establecer la diferenciación primigenia entre un libertario y un marxista.

J. A. ¿Y no crees que esas diferencias de tonos, cuando se institucionalizan, terminan generando una escisión mucho más fuerte que la que justifica el origen de la discrepancia?

G. M. Es curioso como el carácter es a veces muy importante. Seguimos hablando de revoluciones, y aunque está por ver si el 15-M lo era, ahí notabas la importancia del carácter. Los caracteres abiertos o cerrados, si se me permite la

exageración, parecen en ocasiones más determinantes en las ideologías que las propias ideologías. No sé si es verdad que siempre ha sido así, pero es lo que yo me he encontrado, hasta cierto punto, en la vida. Volviendo al libro, la de 1917 fue una revolución proletaria. ¿España carecía de referentes revolucionarios proletarios antes de esa revolución?

J. A. No. Sin duda que no le faltaban y, además, los tenía muy presentes. Lo que pasa es que ninguno de ellos tenía la entidad que entraña la primera revolución socialista triunfante de la historia en un país tan vasto como Rusia. Yo creo que eso tuvo un efecto muy fuerte porque se leyó como la materialización de una utopía alimentada secularmente, lo cual generó una sensación de empoderamiento y de autoconfianza importantes. Y además trajo consigo un cambio mental fuerte, en virtud del cual esa especulación utópica tan característica del primer socialismo va a ceder a un sentido mucho más estratégico que intuitivo de la acción política. Es cierto que el movimiento obrero español tenía una tradición revolucionaria popular rica y muy presente, pero la Revolución de Octubre tiene el atractivo añadido de los actos resolutivos, del asalto victorioso al poder.

G. M. ¿Incluso más de lo que pudo serlo en un principio?

J. A. Mucho más de lo que lo fue. No es que Octubre no fuera determinante, pero el episodio del asalto al Palacio de Invierno hay que relativizarlo mucho. Prueba de ello es que casi generó menos damnificados que los que causó el rodaje de *Octubre*, la película de Eisenstein que los rememoraba, o que al día siguiente del asalto siguieran funcionando las programaciones de los teatros y de los liceos de Petrogrado. Frente a esa idea del acto resolutivo hay que poner el acento en ese proceso más amplio de experimentación democrática por abajo, de construcción de nuevas formas de organizar la producción, pero también las relaciones interpersonales y la vida cotidiana; en esos momentos de ilusión desbordante y de concepción de un nuevo horizonte de vida por parte de la gente común, porque esos son los momentos más trascendentales de una revolución, sin los cuales no se entiende, además, la ocupación y preservación del poder. Lo decía muy bien Walter Benjamin cuando en su *Libro de los Pasajes* comparaba la revolución con la energía liberada por la fisión de un átomo, siendo el átomo una metáfora de la fuerza y de la potencialidad contenida en una sociedad históricamente dada. Esa explosión que es la revolución va a multiplicar la energía acumulada de la sociedad y va a generar una onda expansiva que se prolongará durante décadas atravesando a varias generaciones.

G. M. Has hablado de la revolución como explosión y factor estructural de las generaciones, de posibles cambios entre generaciones. Esta experiencia de un antes y un después, de un golpe generacional, incluso de libertad, de ese momento en que de la noche a la mañana eres dueño de tu destino, de esa fraternidad resultante, ¿se había producido antes en España? Por ejemplo, ¿la última vez fue

el federalismo, fueron las revueltas de final desastroso en Barcelona? ¿Cuál era el imaginario español cuando la gente entendió que se había producido una revolución descomunal en Rusia? Mi abuela contaba, por cierto, que vivió la revolución, la vivió en el púlpito de la iglesia. Se la explicaron como que habían matado al rey de Rusia y que también estaban matando a los curas. ¿Cuál era la experiencia vital de revolución que se produjo por aquí?

J. A. Episodios hay muchos en España, porque las revoluciones sociales siempre estallan a nivel micro, por decirlo de algún modo, como consecuencia de la radicalización y la expansión de la democracia a pequeña escala, en barriadas, municipios, comarcas, cantones, etc., y a ese nivel sobre todo, España tiene una larga experiencia, con momentos de apropiación plebeya de la política, que van de la guerra de Independencia a, por supuesto, la revolución social del primer tramo de la Guerra Civil, pasando por la Primera República y todas las experiencias insurreccionales de la Restauración. Pero lo que sucede en la Revolución rusa es que esta representa una salida más o menos exitosa a una encrucijada con la que se han enfrentado muchas revoluciones, algo que explica muy bien Linera en el libro. Las revoluciones sociales estallan a nivel micro, a nivel capilar, pero, para imponerse a sus enemigos y no sucumbir a su propio caos, tienen que ser coordinadas a escala nacional, y para eso necesitan de la acción unificadora de una institución gestora de lo universal como es el Estado. La clave está en que esa intervención unificadora del Estado no asfixie la autonomía de lo social, de donde procede la energía revolucionaria, y en que esta tampoco quede abandonada a su suerte para que no degenere ni en caos improductivo ni en vulnerabilidad militar. La clave de esto consistiría en formar un Estado democrático que canalizase sin asfixiarla esa fuerza procedente de lo social. Pero, claro, así como en los procesos revolucionarios proliferan los poderes democráticos a nivel micro, construir un Estado democrático fuerte y eficaz es algo que lleva décadas, y como la contrarrevolución avanza en ese momento, el tiempo que tienes solo da para la formación de un gran leviatán despótico, y eso es lo que al final sucede en Rusia. En España, por el contrario, ni se construyó ese leviatán, pese a lo que diga la derecha a propósito de la Segunda República en febrero del 36, ni ese Estado democrático republicano fue lo suficientemente fuerte y sofisticado como para hacer frente a la reacción contra un proceso de cambio, el del Frente Popular, no revolucionario sino reformista en su sentido fuerte.

G. M. ¿Y esa centralización en Rusia se hizo por tiempos o fue rápida? El último Lenin, en ese sentido, no era un adalid de la libertad y de la crítica a su pérdida.

J. A. Claro, no lo es para nada a la hora de clausurar la Asamblea Constituyente en 1918 y construir su particular dictadura del proletariado, algo que se debe a tres o cuatro razones. Una tiene que ver con los tiempos de la revolución. En un momento de aceleración del tiempo histórico, se considera que la voluntad po-

pular expresada en las elecciones de noviembre de 1917, inmediatamente después de la toma del Palacio de Invierno, ha quedado desfasada con respecto a la nueva formación de una voluntad popular revolucionaria en aumento después de que se haya cobrado conciencia del nuevo momento. Es también la idea de que toda revolución se sostiene gracias a su propia aceleración, la imagen de ese tren que tiene que subir muy rápido a lo alto de una colina porque, si no, caerá aunque sea por el peso de sus propios vagones, por lo que hay que soltar al menos por un tiempo el pasado vagón de las elecciones. Por otra parte, la apreciación de esa voluntad popular por parte de los bolcheviques no es puramente aritmética, sino muy selectiva, porque se da más peso, dado su protagonismo social, a la voluntad popular de las grandes ciudades y los principales frentes de guerra, donde conviene recordar que los bolcheviques sí habían ganado las elecciones constituyentes frente a lo que consideraban la Rusia atrasada, es decir, la Rusia lenta y ralentizante. También porque se trataba de defender una revolución amenazada a la que no se la consideraba el momento de construcción del socialismo, sino el detonante de una revolución mundial que vendría luego a crear las condiciones para construir el socialismo. Y, en tercer lugar, porque es verdad que en Lenin y los bolcheviques los principios democráticos funcionaban más bien como principios instrumentales y circunstanciales y no como valores inalienables, y en aquellas circunstancias tan adversas no dudaron en prescindir de ellos, como se lo reprochó alguien como Rosa Luxemburgo, quien por otra parte no dejó de respaldar la revolución.

G. M. ¿Una revolución es el dominio del poder, es decir, el dominio del territorio y la población? ¿Una revolución transcurre, pues, en el Estado, es el Estado?

J. A. Empieza siendo un ejercicio de socialización del poder y, por desgracia, suele terminar siendo esas otras cosas. Yo no creo en el sentido cíclico de la historia, pero parece que existe un movimiento muy recurrente en las revoluciones, que empiezan con un dolor social acumulado brutal, acompañado de un nuevo sentido de la indignación. Esto conduce, como resultado también de muchas casualidades, a la subversión del orden y a la ocupación del poder, lo que desata un entusiasmo y una sensación de protagonismo inusitados en la gente común. Luego, para defender la revolución y construir el nuevo orden, se recurre a amplias dosis de violencia. Después esa violencia sobrevive, por su propia intensidad, a las circunstancias que la motivaron, bien sea como hábito, bien cronificada en la nueva institucionalidad. Cuando los momentos de mayor brutalidad llegan a su fin, dejan como herencia el control burocrático de la sociedad y la despolitización de esta, ya sea por desmotivación o agotamiento, ya sea como recurso defensivo ante un Estado incapaz de distinguir entre la discrepancia y la traición, ya sea por acomodación a prácticas clientelares o ya sea por acomodación a un bienestar material considerable aunque poco estimulante en otros sentidos. En ese contexto, el

tiempo acelerado y apasionante de la revolución cede a un ritmo mortecino, gris, del que se va alimentando la desafección social. Finalmente, si además se produce alguna crisis económica, ese mundo surgido de la revolución entra rápidamente en un proceso de regresión al capitalismo. No siempre ha sido así, por fortuna, pero esa secuencia es más que recurrente, y romperla sería el reto.

G. M. ¿Cuándo se acaba este canon de la revolución como ocupación del poder? La Revolución mexicana lo ocupa y no lo ocupa, y la española, que tiene un conflicto con el Estado, entra pero no entra de manera cómoda en él. En el 68 parece que entrar en el Estado ya no forma parte del horizonte de las izquierdas. ¿Cuándo se acaba la dinámica inaugurada en 1917 de «llegaremos al poder, el poder está para ocuparlo y lo ocuparemos»?

J. A. Este canon, en sentido estricto, se rompe dos años después, entre 1918 y 1921, con el fracaso de la expansión de la revolución por Europa, y creo que la lectura más acertada de esa frustración de las expectativas la hace de manera pionera Antonio Gramsci, quien plantea que el arranque de la revolución en Europa occidental difícilmente va a consistir en una toma del poder como resultado de una confrontación directa con el Estado, sino que esta pasa por una batalla más compleja en el seno de la sociedad civil. Es cierto que luego este canon de asalto directo al poder se va a revitalizar mucho, a partir de la expansión del Ejército Rojo a costa del nazismo en la Segunda Guerra Mundial y sobre todo con los procesos de descolonización, algunos de los cuales se reivindicarán herederos del Octubre soviético, en un ejemplo de que los tiempos de la revolución no fueron lineales, sino que tuvieron flujos y reflujos. Por eso también esa imagen insurreccional de la revolución va a seguir operando, aunque sea a la baja o a un nivel más bien icónico, identitario o retórico en el mundo occidental. Has citado otra fecha importante, que es la del 68, que yo creo que representa, también en un sentido simbólico, el canto del cisne de un imaginario revolucionario más o menos generalizado al menos en las sociedades occidentales. Creo que en España la lectura la hace muy bien Manuel Sacristán, que incluso en esos momentos de emergencia social contra la dictadura de Franco comprende de forma pionera que se estaba iniciando a escala mundial un nuevo ciclo histórico que tiene que ver con tendencias culturales y sociológicas, además de con derrotas políticas, en que la expectativa de la revolución irá descendiendo rápidamente.

G. M. ¿La revolución es hoy hegemonía? ¿Hay otra cosa en la actualidad que no sea eso?

J. A. Bueno, te lo puedes plantear así... Ir acumulando hegemonía hasta «el día de San Jamás», como diría el citado Sacristán. Yo ahora no tengo una visión demasiado optimista de las posibilidades revolucionarias del momento, pero creo que las revoluciones siempre serán resultado de la conjunción de guerras de trincheras y de guerras de movimientos, de construcción de hegemonías y de

momentos jacobinos. Creo en la existencia de momentos decisorios, de estructuras de oportunidades en que se puede dar un giro al curso mortecino de los acontecimientos o en que acentuar y acelerar una serie de tendencias liberadoras previamente alimentadas. Pero para eso necesitas tener algo que activar. Es decir, los decisorios no son solo momentos de cálculo y audacia, sino de activación y rearticulación de un tejido social crítico construido más lentamente. Los momentos de cambio político fuerte —pues hablar hoy de revolución es algo pretencioso— siempre son resultado de la conjunción de ambas cosas (hegemonía y decisión). Por «conjunción» no me refiero a la anteposición de un momento a otro, sino a su interacción constante. El tiempo del 15-M, en mi opinión, abrió esa posibilidad de conjunción. Se trató de un momento de estallido social fuerte, que sirvió de empuje para saltos o asaltos institucionales significativos, pero luego desde ahí se hizo muy poco por contribuir a una rearticulación de lo social, por contribuir a la creación de estructuras permanentes de participación y experimentación social en el momento en que había que hacerlo, cuando la oleada de la movilización social, que inevitablemente tiene su reflujo, estaba al alza. El caso es que ahora que, aprovechando la crisis territorial, se avecina una oleada reaccionaria en toda regla después de un par de años de reflujo de la movilización social, no tienes mucho que activar para hacerle frente más allá del activismo y las militancias tradicionales, que, como decíamos, por definición son minoritarias y, por sí solas, muy débiles.

G. M. Pero el 15-M, de hecho, es lo contrario a una revolución en el sentido de que no se plantea tomar el poder y cuando lo hace, cuando al menos lexicográficamente decide tomar el Congreso o el Parlament catalán, es solo un intento hasta cierto punto escenográfico. No está en el imaginario entrar en una institución, tomarla.

J. A. En el 15-M yo creo que hubo de todo, que no es reducible a...

G. M. Pero, en un momento inicial, ese todo no era 15-M.

J. A. Sí, pero dentro de los debates del 15-M, que tienen lugar ante la inminencia de unas elecciones, surgen también el debate partidario y posiciones de todo tipo, que no son reducibles a las confrontaciones de las tradiciones políticas clásicas, llámalas autónomas, libertarias, socialistas o comunistas. Algo de esas herencias hay también en los debates del 15-M acerca del Estado y las instituciones, pero estos debates cobraron otras formas en virtud de la implicación más amplia de gentes sin una adscripción ideológica fuerte, muy entusiasmadas e ilusionadas, que reaccionaban contra una institucionalidad que les había decepcionado, que concebían su experimentación en las plazas como una alternativa en sí misma a esa institucionalidad. Pero junto con esa gente (o dentro de esa misma gente) también había posiciones muy amplias que, en ese contexto de emergencia social, también querían respuestas inmediatas a problemas acuciantes y sobre todo victorias concretas, y ese anhelo apuntaba a las instituciones. En el 15-M hay también

un carácter pragmático que va a demandar eso. Y creo que, atendiendo a ese deseo, se explica también, en parte, el triunfo electoral de muchas candidaturas municipalistas, del fenómeno de las Mareas y, sobre todo, de Podemos. Es decir, yo no pienso que esas opciones electorales sean, como mediáticamente se ha dicho, las herederas del 15-M. Esa relación es demasiado lineal y subrayaría una herencia en todo caso no muy legítima. Pero sí creo que esas candidaturas beben de ahí, en concreto de la necesidad de conquistas inmediatas que sigue, sobre todo, al reflujó de la movilización. Hay que entender que, salvo los empecinados militantes, no todo el mundo es capaz de estar movilizado constantemente, que la movilización genera también una impaciencia y que Podemos, las Mareas y el municipalismo son en cierto sentido la expresión de esa impaciencia natural de gente activada políticamente por primera vez, son la manifestación también del deseo de convertir la voluntad de cambio sobrevenida en fuerza de ley permanente. Eso yo creo que también late en el 15-M.

G. M. ¿Esto lo ves aún?

J. A. Me parece que todo se ha disipado mucho. Y por eso considero que las opciones del cambio tienen en la actualidad una presencia institucional sobredimensionada con respecto a una base social que es de donde procede la fuerza del cambio o que resulta necesaria para mantener esa fuerza por la vía de una retroalimentación. Pero, bueno, esta cuestión se aleja mucho de la Revolución rusa...

G. M. Ignoro si el Palacio de Invierno era muy importante —yo creo que si se le hizo una película es que no lo era—, pero los epicentros de poder existían. La monarquía era uno y el palacio era otro, e igual eran imposibles de conquistar pero eran fáciles de visualizar. ¿Dónde están los epicentros esta mañana a primera hora? Cuando se organiza un cacao no hay ningún palacio adonde ir. Parece que todo esté ubicado en otra parte, el poder está en una especie de Europa que tampoco tiene un Palacio de Invierno, que tiene una Comisión Europea, pero tampoco sabes muy bien cómo acceder a ella. Vamos, que si quisieras lanzarle un pastel de nata a un comisario europeo, no sabrías dónde encontrarlo ni, tal vez, dónde tiene la cara. Luego está eso del mercado de continuos, la economía. ¿Dónde están los palacios de Invierno a los que ir con Eisenstein a filmar una posible toma del palacio? ¿No encuentras sintomático esta ausencia de focalización del palacio?

J. A. El poder siempre ha sido ubicuo y siempre ha sido necesario construir una imagen centralizada del mismo para combatirlo mejor, porque aquello que no se ve no se puede convertir en el centro de una diana. En ese sentido, la práctica política de los bolcheviques es muy eficaz porque unifica el malestar y lo redirecciona frente a un centro de poder, el Gobierno Provisional, y porque lo ubica en un lugar que asaltar, el Palacio de Invierno. Ahora bien, si hay algo novedoso en los bolcheviques es que, por primera vez, leen la revolución en términos geopo-

líticos más complejos. Hasta entonces, sobre todo en el imaginario de la Segunda Internacional, la revolución era algo que sucedería en el marco del Estado-nación, obviamente de los países capitalistas bien desarrollados, y que luego, por emulación o más bien transfusión colonial, iría expandiéndose, porque la lógica marxista y marxiana es también muy colonial, y en ella lo que de importante tenga que acontecer lo hará en el centro y luego ya se irradiará hacia la periferia subdesarrollada. Pero Lenin lo piensa en otra clave. Bueno, Lenin, Rosa Luxemburgo y toda una tradición que no es exclusivamente bolchevique, sino que proviene de la izquierda de la Segunda Internacional. Con su teoría del eslabón más débil, señala la posibilidad de convertir la guerra imperialista entre estados, la Primera Guerra Mundial, en una guerra nacional de clases no en el centro sino en la periferia del capitalismo, allí donde al malestar por unas condiciones materiales que habían impedido al proletariado formar parte del Estado y del mercado se pudiera sumar el malestar por la dominación del capital extranjero y donde, a su vez, esa insurrección en la periferia sirviera de detonante para una revolución mundial que enseguida se trasladaría al epicentro del sistema-mundo. Lo que no funciona, como hemos visto, es la segunda parte de la formulación. Quiero decir con esto que cuando los bolcheviques piensan la revolución lo hacen en términos más complejos que los de entonces, haciéndose eco de la nueva articulación internacional del poder en el contexto del imperialismo. Pero, al mismo tiempo, saben promover un imaginario donde esa articulación compleja, ese poder, se encarna en lugares y sujetos más simples y concretos, fácilmente identificables. Por otra parte, esa concepción de la revolución también es importante para desmentir una explicación genético-determinista muy en boga sobre la Revolución de Octubre, que la concibe como un golpe de Estado perpetrado por una minoría que aspiraba a imponer su proyecto de sociedad totalitario. Se trata de una explicación falsa, porque no es ya que los bolcheviques no tuvieran un proyecto totalitario, sino que no tenían proyecto alguno de socialismo para Rusia porque no trabajaban en eso, en la construcción de ningún sistema en ningún lugar, sino en el desencadenamiento de una revolución mundial que luego ya generaría las condiciones para construir el socialismo en Rusia. Lo que pasó es que después la mediación entre el detonante y la expansión, entre el momento concreto y el universal, se cronificó, que es algo característico de muchas revoluciones. Pero, volviendo a la actualidad, es verdad que el poder está, en cierto sentido, cada vez más disgregado o desubicado como resultado de lo que hemos llamado «globalización neoliberal»; pero al mismo tiempo también existen espacios de articulación del poder o epicentros evidentes de concentración del poder que permiten construir imaginarios donde ubicarlos. Aquí, por ejemplo, hemos hablado mucho del Ibex 35.

G. M. Solo aquí y en Corea del Sur existe una entidad tan potente.

J. A. Lo es en sí misma, pero también se exagera, como es lógico. Toda identificación del poder tiene algo de exageración, pero, para funcionar socialmente, esa identificación debe contener también amplias dosis de verdad. Y, si lo pensamos más, en el último ciclo de protestas también se ha sabido ubicar e identificar al poder de forma un tanto exagerada y al mismo tiempo verdadera, señalar los lugares donde se articula y se concentra. Pensemos en «la Troika», en sus «hombres de negro», pensemos, como decías, en «Rodea el Congreso» y pensemos en «la casta» o, especialmente, en las «puertas giratorias» como metáfora de esa articulación.

G. M. Igual se dibuja una idea de que la revolución sucede muy cerca de ti. Igual es la vida, el consumo, el trabajo, las relaciones... Ya no es una orientación de masas sino que es autoorganización. Estoy dándole vueltas últimamente a esto. Pero, bueno, tú eres un «revolucionólogo»...

J. A. No, para nada, no lo soy. En todo caso soy un «revolucionólogo» sobrevenido, porque cuando coordinas un libro —en el que tu aportación escrita suele ser de menor enjundia que la de los demás autores— te suelen hacer preguntas como si fueras el autor de la totalidad. Lo que sí es cierto es que la coordinación del libro me ha obligado a leer mucho para estar a la altura de los textos compilados. Pero, volviendo a lo que planteas, no sé qué lugar, sea próximo o lejano, ocupa la noción de «revolución» en la vida cotidiana de la gente. Me temo que al menos la noción asociada a la Revolución rusa muy poco, incluso entre los sectores sociales más implicados, por muchas razones. Porque es una memoria vinculada en gran medida a una derrota, a la derrota de un modelo, el del «socialismo real», que había dejado de ser atractivo incluso para muchos de los que sí se sentían identificados con el momento originario de la revolución de 1917. Y también porque la gestión que los herederos de la revolución han hecho de esa memoria ha sido terrible, porque han oscilado entre una exaltación acrítica y a la postre muy folclórica y un posterior descarte muy frívolo. En otro estudio que hice sobre la transición política española, analicé el caso del abandono del leninismo por parte de Santiago Carrillo, que es un ejemplo de esa mala gestión: pasas de exaltar a Lenin, de alimentar todos esos rituales tan exagerados de culto a la URSS como patria del socialismo, a descartarlo de manera muy frívola para mediar en la coyuntura electoral. Eso fue, en el fondo, un síntoma de la incapacidad general de buena parte de la izquierda a la hora de relacionarse con su pasado.

G. M. Es quitarte de la mochila la revolución, que es un estorbo, ¿no?

J. A. Sí, pero, bueno, al final te pagan muy poco por el sacrificio que haces, algo habitual cuando quieres competir con el adversario en los términos que él te plantea. ¿Para qué hacer un sacrificio que te tensiona tanto internamente cuando desde fuera te van a aplaudir muy pocos? Eso ni siquiera es eficiente. De hecho, además de los prosoviéticos o leninistas más sofisticados, ese abandono del leninismo también lo rechazó Ramón Tamames desde el puro cálculo económico: «Esto

rompe por dentro y no suma por fuera». Pero, más allá de esa mala gestión de las memorias revolucionarias, la lejanía que la gente siente hacia las revoluciones tiene que ver con cosas de más calado: con la centralidad del consumo como forma de integración social, como espacio de construcción incluso de la identidad o el desarrollo personal; con la existencia de una institucionalidad representativa o con una fuerte apariencia de tal; con la propia disolución de las identidades de clase, la precarización general de la vida, etcétera, es decir, con cambios sociológicos y culturales que han construido subjetividades hostiles o ajenas a un horizonte de transformación radical de la sociedad. Y si a eso le sumas la ofensiva intelectual, cultural y mediática que trajo consigo el neoliberalismo...

G. M. De hecho, desde mi infancia, la palabra «revolución» solamente se la he oído a la derecha. A Reagan, Thatcher... Ahora está habiendo una revolución llamada Brexit. «Revolución», al parecer, sería un vocablo con el que la derecha se siente cómoda. Más, tal vez, que la izquierda, temerosa de inspirar terror.

J. A. Y en el marketing la hubo, la revolución...

G. M. Y bueno, la revolución de la minifalda, de las lentillas, pero me refiero a que, políticamente, quien tiene las narices de calificarse como revolucionaria es la derecha.

J. A. Porque me temo que lo es, al menos una parte, aunque sea, obviamente, en una dirección distópica y no utópica; pero desde el punto de vista de tener un programa de reconstrucción de las bases de un modelo previo, pues sí..., eso fueron Thatcher, Reagan y sus epígonos menos evidentes, desde Felipe González en España hasta sobre todo Tony Blair en Gran Bretaña. Unos porque creían en esa refundación y otros porque consideraban que era el signo de los tiempos. El caso es que aplicaron un programa orientado a la transformación radical de la realidad, a la transformación, como dijo la propia Thatcher, no solo de la economía, sino también del corazón y el alma de la gente. Y, por el contrario, desde ese partearguas que es la crisis de 1973-1979, la izquierda, incluso la de tradición revolucionaria, se ha movido generalmente a la defensiva. No es ya que se haya hecho reformista, sino que se ha vuelto conservadora en el sentido de orientar buena parte de sus batallas a la conservación de derechos que se vienen desmantelando. Y, claro, eso también trastoca el imaginario. Pero además de eso se ha vuelto, o debería volverse, conservadora en un sentido más fuerte, en un sentido antropológico, como señala Santiago Alba y como obliga la cuestión central del ecocidio, la cuestión fundamental de la que no se habla y que ya es tan importante como urgente, la medioambiental y ecológica. O sea, la izquierda se hace también conservadora porque aspira, como es lógico, a que todo esto no se encamine hacia el apocalipsis, a conservar por lo menos el planeta y la especie. Entonces te haces conservador en cierto sentido, en el primer caso como consecuencia de tu debilidad tras una prolongada ofensiva del enemigo y en el segundo como consecuencia de los lími-

tes naturales, sobrepasados ya por el capitalismo y por su lógica productivista, que también parasitó por un tiempo el socialismo. Y eso afecta a tu conciencia, a tu imaginario, a tu gestualidad y también a tu atractivo, hace que la izquierda pierda épica, pierda el atractivo, que en su día tuvo, de quien marcaba la iniciativa e iba a la vanguardia de la modernidad.

G. M. Me sorprende mucho que la poética —no diré la acción— de la revolución, el átomo que explotaba, el momento de epifanía del que antes hablaba yo, también se ha delimitado por la derecha. Y ahora te pongo un ejemplo. Te hablo de revolución, eso consistente en llegar, cambiarlo todo y solucionarlo todo, ahora es patrimonio derechista. No sé, el Frente Nacional en Francia. O —y te paso la patata caliente— el *procés* en Catalunya, que es una revolución léxica, un culto al léxico rupturista que ya no emite la izquierda.

J. A. No sé, no soy capaz de calificar al *procés* de revolucionario. Es un proceso de movilización y activación social importante, donde operan algunos imaginarios utopistas y una emocionalidad fuerte, pero...

G. M. Vives en un Palacio de Invierno y pides conquistar otro Palacio de Invierno.

J. A. Claro, conjugas la desobediencia civil con la desobediencia institucional, algo muy contradictorio. Pero a mí me cuesta mucho calificarlo de revolucionario, entre otras cosas porque estas verdaderas revoluciones de las que hablamos necesitaron de unos niveles de dirección política que ahora mismo brillan por su ausencia y de una capacidad de entrega y sacrificio por parte de sus protagonistas a la hora de asumir los costes de todo pulso al Estado que no veo en las bases del *procés*, salvo en el caso de una parte de las CUP, una capacidad de aguante y sacrificio ya no como los de aquella época (pedir eso sería absurdo por anacrónico), sino siquiera análogos a los de entonces si saltamos incluso ese abismo de cien años y de un continente que media entre ambos momentos.

G. M. Te comprendo perfectamente, pero este movimiento revolucionario de derechas se está comiendo a la izquierda porque esta no es revolucionaria y, pongamos por caso, el discurso libertario del Tea Party adelanta a la izquierda por la izquierda. La izquierda es, como tú has dicho, conservadora, y esta gente se mueve en la pista de baile revolucionaria como Pedro por su casa.

J. A. Sí, pero también matizaría eso mismo en lo que estamos insistiendo los dos. La izquierda ha estado en las últimas décadas muy a la defensiva y se ha vuelto conservadora en los sentidos que decíamos. Pero si le quitamos el filtro colonial a nuestra mirada y echamos un vistazo más allá de Europa o hacia su periferia, nos encontramos también con procesos a la ofensiva. Pensemos en las experiencias de los gobiernos posneoliberales en América Latina, tras los cuales ha habido unos movimientos sociales muy potentes. Reconstruyamos el mapa de las llamadas «primaveras árabes», con lo que sucedió en Grecia, con la ruptura cultural

del 15-M y Occupy Wall Street. Es decir, ahí sí que ha habido una reactivación constatada tanto desde la izquierda intelectual y cultural como desde una parte de los propagandistas y también intelectuales de la derecha. Unos y otros han leído estas experiencias, y otros movimientos más difíciles de cartografiar, como una revitalización de la idea de comunismo. Es decir, que para muchos intelectuales y militantes de la izquierda el comunismo sigue siendo algo actual, aunque sea como proyección o anhelo, y en el caso de la derecha, como muy bien explicas en tu trabajo, el comunismo sigue estando también muy presente, aunque sea como histrionismo o exageración, aunque sea, en el fondo, como miedo a la insurrección organizada de los plebeyos. Es decir, que dependiendo de cómo se mire se puede ver cuánto queda de comunismo en el mundo. Si lo miras desde el punto de vista de la continuidad orgánica o programática, o sea, de la continuidad de las organizaciones digamos herederas de la Komintern, o desde el punto de vista de la continuidad de los programas de entonces, queda muy poco. Son muy pocos los partidos comunistas influyentes, dejando de lado el caso de China: en la India, en Nepal, en Chile, en Portugal, en España o en Francia en mucha menor medida. Y, desde ese punto de vista de la continuidad programática, también queda muy poco, aunque solo sea por la revisión autocrítica de esos programas o por la impotencia práctica a la hora de aplicarlos. Pero si haces analogías o paralelismos entre algunos procesos actuales y aquellas experiencias, algo más queda. O si lo miras, y esto lo estudias tú en tu capítulo, desde la óptica de la identificación emocional con figuras, imaginarios o aspiraciones de aquella revolución por parte de dirigentes políticos, activistas o cuadros de hoy, queda bastante más. Eso lo analizas muy bien en tu capítulo. Así que cuéntanos, ¿qué queda de ese mundo en las nuevas opciones políticas y qué queda sobre todo de anticomunismo en el *establishment* político?

G. M. En mi opinión ha habido una derrota tan grande de todo lo que son las izquierdas, o algo más amplio, de todo lo que es un cambio profundo... Estoy buscando una palabra que no sea «cambio», porque el cambio ya está raptado. Cada cuatro años hay alguien que pide el cambio y da pereza, la verdad. Lo que sí he notado, y eso lo explico en el capítulo, son ciertas dinámicas fósiles, en zonas donde había hegemonía libertaria y zonas donde había hegemonía socialista o comunista. Las élites catalanas, en ese sentido, no son anticomunistas o no lo son necesariamente. Eso sí, cuando les urge una descripción rápida, efectiva y despectiva de su contrincante, son antifaístas. Evidentemente son anticomunistas, pero ese adjetivo les pilla muy lejos de lo vivido por sus abuelos. Las élites madrileñas son, en ese sentido, de un anticomunismo atómico. Sorprende de verdad cómo se puede ser tan anticomunista, cómo se puede ser tan «anti» de algo que apenas es la sombra de la sombra de su sombra. Subsisten dinámicas que, diría, nos acompañarán varias generaciones, que más que nada explican culturas muy poco

democráticas en las élites. Y, por otro lado, una cierta dificultad para dejar de ganar, están programadas genéticamente para ganar, o para vencer, que es algo, si quieres, más importante que ganar. Todo el mundo puede ganar en la vida, pero muy poca gente vale para vencer. Se necesita para ello un perfil muy inquietante.

J. A. Me gustaría que ahondaras en esa idea que planteas en tu capítulo, en la idea de una mayor influencia de la tradición libertaria en las opciones políticas del cambio aquí, en Catalunya, en lo que podríamos llamar el mundo de Los Comunes, y quizá una mayor influencia de la tradición socialista y comunista en el mundo que en Madrid podría representar Unidos Podemos. Pero si eso es así, ¿qué pasa entonces con la memoria del PSUC en Catalunya? ¿No está esa herencia, que no es exactamente tercerista pero que conecta también con esta tradición del 17, en el municipalismo de Barcelona o en la formación de Los Comunes?

G. M. Sí, es todo muy ecuménico. Yo esta tradición no la conozco tanto. Conozco de primera mano la que viví, pero entiendo que es un poco ridículo a estas alturas de la vida ser antimarxista o antilibertario en las izquierdas, porque tampoco vamos a pelearnos entre nosotros después de haber perdido todas las luchas, juntos o separados. Veo que las organizaciones de izquierdas, y es algo que me sorprende y no creo que sea una buena noticia, están buscando tradiciones anteriores en las que prestigiarse. En el caso español no sé si es muy halagüeño buscar tradiciones anteriores en un momento en que sería todo un acierto refundarse porque el golpe ha sido gordo. Insisto, en Madrid son un tipo de tradiciones y en Barcelona son otras, curiosamente con las mismas políticas y con las mismas lecturas del poder. Con matices, quizá el punto de vista o vivencial de Podemos es un poco más vertical. Hoy mismo, mientras estamos conversando, Podemos se ha comido a Podem con un 155 local, y esto no lo hizo el PCE con el PSUC, o no lo hizo tan a la brava o todo el rato. En su movimiento de refundación han buscado tics de prestigio. Es estimulante buscar en el pasado tu propia tradición o identificación, pero sería muy bueno también hacerlo en el presente, a través de políticas y discursos efectivos contra la realidad, terrible, que nos ha tocado vivir.

J. A. A propósito de todo esto que señalas, también se puede hacer un paralelismo con aquella época de revoluciones. Tengo la impresión de que los momentos de cambio, de irrupción social, son también momentos para suturar heridas, para tender puentes entre viejas tradiciones. El caso del que hablábamos antes, el de la CNT, es curioso, porque se adhiere a la Tercera Internacional por muy poco tiempo y entonces, durante un breve lapso, en esa internacional se reconcilian quienes se habían dividido en la Primera. Más allá de ese caso concreto, creo que las reconciliaciones pasan por revisar el pasado, porque este, por su inmensidad, no deja de estar presente, con independencia de la conciencia que tengas de él. La clave está en evitar que el pasado se imponga como inercia, como influencia inconsciente, con toda su herencia de cainismos en la izquierda. La clave está, para

que no sea un lastre, en revisarlo con afán superador, y creo que a eso ayudan los momentos de activación política en los que, además, las novedades, los nuevos contextos, obligan a la gente a mezclarse y restan sentido a las viejas divisiones que sobrevivían inercialmente.

G. M. Quedan fósiles..., aunque igual la única apropiación de mitos provechosa es aquella que repercute en términos positivos, que repercute en nuevos discursos, inesperados. Hace unos meses me fui a Asturias a dar unas conferencias y me quedé de piedra con el ambiente que había allí en la nueva izquierda. Lo que quedaba de las dos tendencias de los siglos XIX y XX estaban muy diluidas y muy juntas, y en el único sitio de España donde estuvieron a la par durante mucho tiempo y con cierta naturalidad. No sabría decir si era un fósil, insisto, si era un carácter —es decir, nada—, pero lo veías. Era, en ese sentido, un ambiente políticamente más agradable que en el resto de la península, donde se observa, con salvedades y matices, cierta tendencia al mal rollo y al cainismo. Bueno, te formulo una pregunta. En 1990 o 1991 estaba en la universidad y me encontré a un compañero con el que, un día histórico de aquellos, estuve charlando. Hablando de la caída del Muro, de la caída del comunismo en el Este, me dijo una frase que se me quedó grabada: «Guillem, nunca más habrá un partido leninista en el mundo». ¿Es así?

J. A. Bueno, predecir es...

G. M. «Nunca», entre los seres humanos, significa mucho tiempo. En ocasiones muchísimo. En otras, solo mucho.

J. A. ¿En qué términos lo decía? ¿Lo decía en términos celebratorios?

G. M. No, no, en absoluto. Lo decía en términos descriptivos, en el sentido de «esto es lo que hay». Era una suerte de «no habrá huecos de hacer otro partido leninista, se acabó». Incluso me sugirió que era, de alguna forma, como el momento en que se produjo la desaparición del nazismo. Un nunca jamás. Diferente, claro. Pero un punto final similar. ¿Cómo lo ves?

J. A. Pues no sé lo que el futuro nos deparará, pero...

G. M. En un mundo hiperglobalizado, ¿hay opciones de esta izquierda alejada de Gramsci en el fondo?

J. A. En mi opinión, con las predicciones hay que ser muy cuidadoso, pues si el pasado a veces parece imprevisible, cuánto no lo es el futuro como espacio de intervención. Yo aquí, más que una apreciación como historiador, o como aprendiz de tal, lo que tengo es una impresión. Pero antes de pronunciarnos sobre el futuro del partido leninista habría que aclarar qué fue este partido en el pasado. A veces confundimos el modelo leninista de partido con su cosificación estalinista posterior, pero sobre todo olvidamos que ese modelo puramente leninista de partido fue muy variable a lo largo de los años que van desde 1903 hasta la muerte de Lenin en 1924, porque si hay algo característico en el leninismo con respecto

al partido es el valor instrumental, no sustancial y mucho menos fetichista, que el partido tiene para él, y eso explica su heterogeneidad, su plasticidad y sobre todo lo rápido y lo mucho que cambia al ritmo de los acontecimientos. Pero si nos vamos ya a 1925, con el famoso «Alistamiento Lenin» por el cual en muy pocos años el partido... no sé, no tengo los datos frescos, pero digamos que pasa de unos ochenta mil militantes a medio millón, lo que nos encontramos es un partido diametralmente distinto en su composición, funcionamiento, etc. Es decir, lo que a veces llamamos «partido leninista» es más bien la idealización de uno o varios momentos en la trayectoria de ese instrumento cambiante. Pero, bueno, al margen de esta cuestión creo que ese modelo de partido leninista, en sus múltiples acepciones del pasado, hoy no tiene sentido, porque me temo que el propio modelo de partido, no ya leninista sino de partido obrero o de partido a secas, también está agotado para el impulso de una política de cambio radical. Esto no es ningún alegato a favor de la disolución de los partidos ni menos aún de la no intervención institucional, que yo considero fundamental, pero sí a favor de la construcción de nuevos instrumentos o de la reactualización de los clásicos. Y para eso el conocimiento del pasado ayuda mucho, pero no como repositorio de modelos a los que recurrir, sino como caudal de experiencias desde las que pensar en algo distinto. Yo creo que la izquierda no debe seguir modelos, sino tener una buena conciencia de su pasado, de una rica experiencia de cuya lectura crítica puede obtener importantes aprendizajes e inspiraciones. En definitiva, si como decíamos antes el tiempo histórico tiene recurrencias e irrupciones, esas estructuras de repetición te permiten, trazando analogías y paralelismos más o menos ajustados con el pasado, intervenir con más garantías en el presente, pero al final tienes que dar un salto desde ese aprendizaje para enfrentarte a las nuevas situaciones, y para eso tendrás que ensayar (y el ensayo necesita del error) nuevos instrumentos, nuevas prácticas, incluso nuevos ideales junto con los de siempre.